

Carta de Carmen Lyra a Gabriela Mistral

San José, Costa Rica, setiembre 15 de 1931.

Mi querida Gabriela Mistral:

Yo deseaba haber publicado esta carta antes de su partida, pero hasta hoy no me es posible escribirla ¿En qué punto del globo logrará alcanzarla? Cuando Ud. la lea, Costa Rica no será en su memoria más que un parchoncito como aparece en el mapa mundi, con una especie de cabecillas de alfiler que le hacen signos cordiales y que no son otra cosa que las cabezas de los que aquí nos quedamos queriéndola con noble querer.

El objeto de esta carta es el de ampliar su información literaria respecto de Costa Rica. En su conferencia sobre Federico Mistral y el felibrigio, se refirió Ud. a mí como el único representante de la preocupación por el *folklore* del país. Pero esto no es así: ha habido en Costa Rica muchos escritores que la han tenido, y cuya tarea ha sido más difícil que la mía, pues el único trabajo que me han dado los *Cuentos de mi Tía Panchita*, ha sido este de repetir con placer en el alma, lo que voces ya cascadas o de las cuales sólo queda un recuerdo sutil, me narraron cuando yo era una chiquilla.

Le voy a dar en mi carta los nombres de estos escritores. La tarea es grata a mi corazón porque es el recuerdo del goce que la lectura de las obras de algunos de ellos me ha ofrecido.

Aquí está de primero don Manuel de Jesús Jiménez, cuyos relatos del Cacique Garavito y de hechos acaecidos en nuestro terruño en los años iniciales del siglo XIX, siempre han sido para mi pensamiento, lo que para mi paladar una taza de chocolate coronado de rubia espuma, batido con cacao de mejores tiempos, cuando la fabricación de los panecillos la llevaban a cabo pulidamente manos muy limpias y hacendosas, chocolate servido con acompañamiento de pan dulce bien aliñado, bebida y manjar que habría hecho relamerse de gusto a una reina. Por sus páginas inolvidables desfilan las casas de nuestros antepasados, de horcones y bahareque, paredes encajadas y ventanas protegidas por torneados barrotes, casas «coronadas de musgos y siemprevivas»; con sus patios enclaustrados, sembrados de eneldo, manzanilla y borraja. ¡Cuántas abejas deben de haber zumbado en las mañanas en esos jardinillos de plantas medicinales y flores olorosas! Estas son las amplias salas con el estrado en donde la madre y las hijas cosen a mano la ropa de la casa, mientras hablan mal del prójimo. Estos son los dormitorios con las cujas con su pabellón de «género de ruan adornado con encajes y farfalao», su ajuar compuesto de «estera de vena de plátano, colchón de junco de Coris, petate de Masaya, cobo, etc.» y el rodapie que oculta «las costras del guacal y los tufos ingratos del bacín». Este es el comedor con su mesa y su arcón de noble cedro, sus servilletas chocolateras, sus escudillas del Tejar y sus jícaras de Matina y esta es la cocina «amplia y ventosa» con el

fogón de tinamastes como los que todavía se ven en las casas de los campesinos.

Así como en un pocito de agua pura del tamaño de un espejo de bolsillo se ve reflejado perfectamente el paisaje con su fondo de montaña, los prados florecidos, las casas con el mechoncito de humo prendido del techo y el movimiento de hombres y animales, así en los breves relatos de don Manuel de Jesús, se da uno cuenta de lo que era Costa Rica en el 1800 y años inmediatos posteriores: la pobreza que obligaba a nuestros antepasados a cubrirse con corteza de árboles, la frugalidad de la vida, la manera de hacer justicia, las cosas que se gastaban en una casa y sus precios, el primer reloj público de Cartago fabricado por el sacerdote Miguel Bonilla, los funerales y cabos de año, la lealtad de nuestros antepasados a España y al degenerado Fernando VII. De buena gana no dejaría el comentario de estas narraciones: las fiestas reales de la Jura de Fernando VII y los juegos de pólvora, los toros y los cantos en loanza al soberano español; las carreras de caballos, la diversión más antigua de Costa Rica con que se celebraba el día de San Juan. «Nadie se quedaba el día de San Juan sin montar a caballo. Las damas más gentiles, los muchachos más elegantes, los vecinos más respetables, los orilleros, los campesinos, todos tomaban parte en las cabalgatas de por la mañana, salvo caso fortuito o fuerza mayor. Ahora pasaba un gamonal acaudillando un grupo de mestizos, después un señorón gobernando una cuadrilla de doncellas; ahora un marido llevando en el tejuelo de su albarda a la consorte, luego un padre de familia con la recua de criaturas por detrás; cabalgando todos, hombres y mujeres, grandes y chicos radiantes de alegría, por ser día de San Juan.» Las golosinas con que se regalaban los paladares en las fiestas: mistela de leche con prestiños, enlustrados y zapotillos; los vestidos de gala de los señores que formaban el Muy Noble y Leal Ayuntamiento y el Cuerpo de Justicia y Regimiento: «sombbrero de castor, coleta larga de a jeme, corbatines negros de resorte, camisas de cordón, casacas de paño verde con botones amarillos, calzones a media pierna de tapa entera y oreja, medias

blancas labradas, zapatos de talpetao y capas a la española». Los comentarios alrededor del acontecimiento de nuestra independencia, llenos de fina ironía y que son como una caricatura en la que se pone de relieve lo que todavía forma el lado infeliz de nuestro carácter: «Aquí ellos habían aceptado la independencia, hablando en plata, por no tener otro camino que tomar, no sin que adoptasen infinitas precauciones para salir con bien de aquel aprieto.» «Aquí estaban por irse con el que ganase. Toda la dificultad estribaba, pues, en averiguar por cuál lado repuntaba la victoria; mas eso era bien difícil sin tener mejores datos, y esperándolos resolvieron agazaparse «mientras se despejaban los nublados del día».

Pero seguir con don Manuel de Jesús, sería de nunca acabar.

Sobre la mesa tengo a don Ricardo Fernández Guardia con sus *Crónicas Coloniales* y sus *Cuentos Ticos*. Este don Ricardo Fernández Guardia ha sido uno de nuestros escritores que más han desempolvado archivos y más han hurgado, escarbado y hecho cortes en los sedimentos de nuestro pasado. Y cada memoria interesante que encuentra, la saca a la luz con gesto de epicúreo satisfecho, como un orfebre expondría ante nuestros ojos una joya de manera que la luz jugara en las facetas de las piedras preciosas y realzara la pieza. Sus narraciones de la época colonial son de esas que siempre se desea leer en compañía inteligente, para tener con quien cambiar miradas y sonrisas en ciertos pasajes en donde el estilo es perfecto o en que la malicia guiña los ojos a través del enrejado de la frase. Aquí en las *Crónicas Coloniales* está la vida de Costa Rica en los siglos XVII y XVIII con sus conquistadores, gobernadores y adelantados, sus frailes y bucaneros, y sus mujeres bellas que sabían pecar con tan gracioso descaro. Sobre un fondo de aventura y arrojo, la intriga, la astucia y la bellaquería van y vienen como siempre.

Ahora le toca el turno al más querido de todos, por el costarricense: Aquileo Echeverría el Poeta. Aquileo es nuestro Federico Mistral: él revela y enaltece la poesía que hay en la sencillez de nuestro pueblo. Coge la torpeza del «concho», como quien coge un trozo basto de cedro y se pone a aserrarlo, a cepillar, a pulirlo, a esculpirlo y resulta, Gabriela Mistral, esta caja sonora de guitarra o este teclado de marimba que rompe a cantar de un modo tal que uno siente que tiene que bailar y reír a carcajadas e irse por los campos corriendo bajo nuestro sol en busca de un concho que nos brinde la sombra del corredor de su casa y el agua de su tinaja. Mire Gabriela Mistral, Ud. lo mismo encontrará en Costa Rica los versos de Aquileo en los labios del que llaman gran señor que en los de más humilde criatura del pueblo, en los del viejo que en los del niño. Y vea lo que dijo de él Rubén Darío. En primer lugar lo llamó el «Poeta de Costa Rica» y después entre otras cosas escribió a propósito de *Concherías*, citando palabras de don Roberto Brenes Mesén: «Aunque la palabra «con-

INDICE

Otra lista de libros:

Margarita Comas: <i>La coeducación de los sexos</i>	¢ 2.00
Rafael F. Muñoz: <i>¡Vámonos con Panchito Villa!</i>	3.50
Leonidas Leonov: <i>Edificación</i>	4.50
Hilaire Belloc: <i>Dantón</i>	5.50
Pío Baroja: <i>El aprendiz de conspirador</i> . Novela	3.50
Carlos Marx: <i>El capital</i>	2.50
Bertrand Rusell: <i>Ensayos sobre educación especialmente en los años infantiles</i>	4.00
Em. Radl: <i>Historia. De las teorías biológicas</i> . Tomo I hasta el siglo XIX	10.00

Solicítelas al ADR. del Rep. Am.